



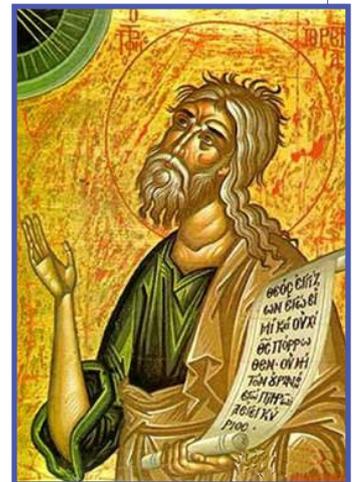
Grupos Maristas de Encuentro

Experiencia, denuncia y creatividad

¿Por qué nos importan las vidas y acciones de los profetas del Antiguo Testamento? Porque por el bautismo estamos llamado a ser reyes, sacerdotes y profetas. Todos los cristianos participamos de la profecía de Cristo, el Profeta con mayúsculas, y estamos llamados a anunciar con Él lo que Dios quiere. Sí, todos tenemos la obligación de predicar, que no es lo mismo que echar una homilía. Recorrer la experiencia de Jeremías nos descubrirá cómo podemos ser hoy profetas en nuestro tiempo.

1. ¿Qué sabemos de Jeremías?

Los especialistas suelen considerar que vivió entre 650 y 586 a. C., como veremos, se trata de un momento histórico complicado para todo el pueblo, especialmente para un amenazado sur de Israel. Además, ha sido considerado por la tradición como uno de los profetas mayores, junto a Isaías, Ezequiel y Daniel, como consecuencia del tamaño del libro (52 capítulos). El libro de Jeremías no tiene una línea cronológica clara, pero se mueve como un péndulo entre la denuncia de la injusticia y el anuncio de un Dios que invita a la conversión.



¿Qué significa que Jeremías sea un profeta? Pues que, en nombre del Dios de la Libertad, denunciaba la injusticia y la opresión y anunciaba que había otra forma de organizarse, en definitiva, que era posible otro mundo. Las diversas experiencias de los profetas nos enseñan cómo conversar con Dios, cara a cara. Y es que Dios les llama por su nombre y les revela su misión. Dios les habla en la historia y en su biografía. Tanto es así que los profetas descubren que los silencios, que tanto les descolocaban en ocasiones, también eran una forma de conversación con Dios.

2. Una historia de la sabiduría cristiana

Jeremías es el profeta que aparece en un tiempo catastrófico para la historia del pueblo de Israel. El Reino del Norte ha sido aplastado por el poderío de las huestes imperiales babilónicas.

En el sur son conscientes de que los siguientes serán ellos. Pero este temor no hace que cambien su situación socio-política. Los más débiles continúan siendo oprimidos. La injusticia campa a sus anchas por el Reino de Judá.



Jeremías, desde su profunda experiencia del Dios de la Libertad que liberó al pueblo de la esclavitud, volverá a recordar a los poderosos el pasado y la Alianza a la que habían llegado con Dios. Ellos se comportan con su pueblo como los egipcios lo habían hecho con ellos antes. Jeremías les anuncia que, si no cambian de actitud, les sucederá lo mismo que lo que le sucedió al Faraón. Y es que la enseñanza es evidente: si oprimes, otro con más fuerza que tú vendrá para oprimirte.



Su vida no fue fácil porque estaba rodeado de enemigos. Jeremías se especializó en hacer signos proféticos. Muchos no se lo tomaron en serio jamás. Se rieron de él, lo apedrearon y lo intentaron matar. Podríamos detenernos en muchos de sus actos proféticos, pero hemos escogido el más significativo. Jeremías se colocó delante de la puerta del Templo e impidió que nadie entrara en ese recinto sagrado. El profeta denuncia el culto del Templo y anuncia que el Señor sólo quiere justicia. El gesto era rompedor. Jeremías criticaba que se gastase dinero para después, fuera del mismo, los poderosos siguieran comportándose como esclavizadores. El mensaje era muy similar al que Isaías había proclamado con anterioridad: haced el bien, sed justos y nunca pretendáis comprar a Dios con sacrificios. ¿Te suenan de algo estas palabras? O, lo que es lo mismo, el culto a Dios no sirve para lavar conciencias.

Jeremías tenía razón. Habían olvidado al Dios de la Libertad y se alejaban de la justicia que quería Dios. Los ejércitos de Babilonia se acercaban a Jerusalén. Toda la ciudad temía lo peor. Pero Jeremías, que estaba encerrado en una cárcel, hace su último signo profético. Avisó a un pariente para que comprase una parcela. Como comprenderéis, nadie entendió su ilógica decisión. No había futuro para Judá y Jeremías se quería hacer una casa en ese terreno... El profeta tuvo que explicarse: aunque todo parezca sombrío y oscuro, la fidelidad de Dios es para siempre. Dios volverá a liberarnos como lo hizo en Egipto. Aunque Nabucodonosor haya conquistado Jerusalén y el destino de la mayoría de la población sea el exilio y la esclavitud, no hay que perder la esperanza. Hay que aprender a vivir en ese nuevo contexto porque, aunque va a durar, no es el definitivo.

3. Para nuestra vida

El anuncio profético sigue resonando con fuerza en la Iglesia y en los cristianos. Su anuncio es una llamada urgente a la conversión, uno de nuestros desafíos más grandes:

- Los profetas no son masoquistas, ni siquiera unos simples aguafiestas. La búsqueda de la justicia es una dimensión central de la acción profética. Eso sí, estaría bien preguntarse cómo la entendían exactamente. Porque para los profetas la justicia era sinónimo de la voluntad de Dios, ponerse incondicionalmente de parte de aquel que no se puede defender.
- El profeta nos señala el camino para participar de la vida pública, en la calle y en la plaza, en nuestro tiempo. La certeza del otro, sea quien sea, es una llamada ética. Es más, los profetas desempolvan constantemente la credibilidad de un anuncio que es liberador y colma de sentido la existencia humana.



- Porque otra de las lecciones que nos enseñan los profetas es que la certeza de que Dios siempre se comunica en la historia, se encuentra en la misma base de su misión. Su palabra es imprevista, dura y exigente. Es más, es un anuncio que muchos quisiéramos dejar de lado, como le sucedía a Jonás, pero que se nos termina por imponer. El presente y el futuro también pasa por nuestras manos y nos provoca a callejear, a salir de nosotros para encontrarnos con los más frágiles. ¿Realmente tenemos manchadas nuestras manos?
- Jeremías nos anuncia que Dios ya no escribirá más sus mandamientos en piedra, sino en los corazones de las personas. El profeta nos invita a descubrir que no se trata simplemente de tener a Dios en el corazón, sino estar en el corazón de Dios, que es amor y fuente de amor.

Dinámica para la reflexión

- Después de leer la experiencia profética de Jeremías, te invitamos a leer el relato de su vocación. Jeremías 1, 1-11.

El Señor me dirigió la palabra: «Antes de formarte en el vientre te escogí, antes de salir del seno materno te consagré y te nombré profeta de los paganos».

Yo repuse: ¡Ay Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho.

El Señor me contestó: «No digas que eres un muchacho: que a donde yo te envíe, irás; lo que yo te mande, lo dirás. No les tengas miedo que yo estoy contigo para librarte» – oráculo del Señor-.

El Señor extendió la mano, me tocó la boca y me dijo: «Mira, yo pongo mis palabras en tu boca, hoy te establezco sobre pueblos y reyes, para arrancar y arrasar, destruir y demoler, edificar y plantar».

- Pregúntate ahora: ¿Cómo resuena en ti? Podemos comenzar compartiendo esta experiencia con el grupo.
- La historia personal de Jeremías nos sitúa ante la siguiente pregunta: ¿Dónde está el profeta? ¿Y tú? ¿Dónde te encuentras ahora? ¿A qué te llama tu vocación como profeta?
- En un último momento, cada miembro del grupo recibe el dibujo de una casa con la que se construirá una ciudad dentro de una dinámica de la oración. Escribimos en ella nombres de personas cercanas o lejanas, del presente o del pasado, que son profetas para nuestro mundo y para nosotros.

4. Momento final de oración



Ni en momentos intensos de su crisis interior deja Jeremías de interceder por su pueblo. En lo más duro de la catástrofe del año 588 (a.C.), cuando el pueblo se hunde en una desesperación que lo aleja de Yahveh, Jeremías hace oír su evangelio de consolación.

Este texto, cumbre del mensaje de Jeremías y su verdadero testamento espiritual, marca también el momento culminante de toda la profecía del Antiguo Testamento:

«Con amor eterno te amé, por eso prolongué mi lealtad; te reconstruiré y quedarás construida, capital de Israel; de nuevo saldrás enjorroad» (31,3s).

«Mirad que llegan días — oráculo del Señor— en que haré una alianza nueva con Israel y con Judá. Meteré mi ley en su pecho, la escribiré en su corazón, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo; ya no tendrán que enseñarse unos a otros, mutuamente, diciendo; 'Tienes que conocer al Señor', porque todos, grandes y pequeños, me conocerán..., pues yo perdono sus culpas y olvido sus pecados» (31,31 -34)

Dinámica para compartir

Hoy como ayer, nuestro mundo y nuestra sociedad necesitan ser reconstruidos, como Jerusalén. Pero hoy como ayer tenemos entre nosotros profetas que nos recuerdan que Dios no nos abandona porque nos ama con un amor eterno. Vamos a escribir en las casas de papel el nombre de personas cercanas o lejanas, que son bendición para nuestro mundo.

Mientras realizamos el ejercicio y colocamos las casas construyendo una ciudad, escuchamos el canto: Con amor eterno (*Ain Karem*).

*Con amor eterno te amo.
Por eso derramaré mi gracia en ti.
Con misericordia, serás reconstruida,
y siempre con ternura te amaré.
Así dice el Señor: te sanaré, curaré tus heridas,
lleno de amor por ti, cuido tu vida.
Así dice el Señor: cambiaré tu suerte en el desierto,
el llanto de tu pueblo consolaré.
Así dice el Señor: multiplicaré tu descendencia,
será fecunda la tierra en la que habites.
Así dice el Señor: cantarás salmos de alabanza,
rebosante de gozo danzarás.*

Oración comunitaria

Contemplando la ciudad reconstruida con los nombres de nuestros profetas, proclamamos juntos esta bendición dicha hoy a nosotros desde la experiencia del profeta Jeremías (Jr 17, 7-8):

*«Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza.
Será un árbol plantado junto al agua,
que junto a la corriente echa raíces;
cuando llegue el estío no lo sentirá, su hoja estará verde;
en año de sequía no se inquieta, no deja de dar fruto». Amén.*

